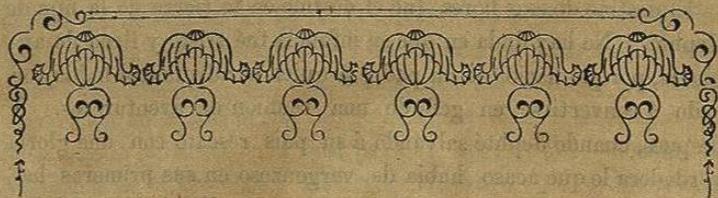




Lk Llano y Comp.

LA HIJA DE JEPHTÉ.
Viuda é hijos de Arango editores.



LA HIJA DE JEPHTE.

Fue dulce hácia la muerte.

BOSSUET, oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra.

VECES hay en que la lluvia del día anterior hace brotar las suaves y delicadas flores de la primavera; mas herido su cáliz por el cierzo de la mañana, se inclina sobre el tallo y parece estar próximo á perecer. Mas tarde, los rayos del sol de medio día vienen á corregir la inclemencia del cielo, y llenan los campos de calor y de luz. Entónces las flores levantan su mústia cabeza y parecen aprestarse á vivir siquiera el corto espacio que les ha sido concedido; pero ¡ay! ruge en la tarde el huracan que las deshoja y esparce sus tristes fragmentos por el suelo..... ¡Fragil y melancólico destino el de esas pobres flores, que brillan y se desvanecen, cual brilla y se desvanece una sonrisa en un semblante cubierto de lágrimas!

TOM. I.—3.

El destino de esas flores fué el destino en la tierra de la hija de Jephthé. No hay duda en que su infancia fué triste y llena de angustia, porque nació de un padre á quien la adversidad habia forzado á convertirse en jefe de una reunion de aventureros. Y despues, cuando Jephthé salvando á su país rescató con una gloria verdadera lo que acaso habia de vergonzoso en sus primeras hazañas, debió creer su hija por un momento que iba á reposar dulcemente en medio del renombre paterno; pero sucumbió en el instante mismo del triunfo de un modo inesperado, y quedó como sepultada en el seno de aquella trágica felicidad.

Frecuentes eran las alternativas de prosperidad y desgracia que tenian que sufrir los israelitas, porque los actos de virtud y los crímenes se sucedian sin cesar en su vida social, y los pueblos, del propio modo que los individuos, tienen una responsabilidad, y Dios les hace cargar el peso de sus obras. Cuando observaba fielmente su ley la nacion judía, rodaba su existencia quieta, venturosa y respetada de sus enemigos; pero cuando levantaba altares á los ídolos, venian luego las calamidades públicas á llamarla al deber y recordarle por medio de severas lecciones los preceptos olvidados. La abundancia ó la escasez, la paz ó la guerra, la libertad ó el cautiverio, eran consecuencias inevitables para aquella nacion de su entrada en la senda del bien ó del mal. Así es que por el año 2820 de la creacion del mundo, se vieron los hebreos oprimidos por los amonitas, raza indomable que habitaba el oriente del Jordan entre la Arabia y la Celesiria. Pero así como habian caído en el oprobio por la desobediencia, se levantaron en gloria por medio del arrepentimiento. Invocaron la clemencia del Señor para sus faltas pasadas, lanzaron del suelo de la patria los ídolos de los falsos dioses, y volvieron al culto del Dios verdadero. Dejóse el Señor aplacar con la miseria de su pueblo, y le envió un libertador en la persona de Jephthé.

Era Jephthé hombre de valor, y le llamaban sus compatriotas hábil en la guerra. Puede suceder que su valor le hubiese dado fama, y que ese valor lo debiese á la desgracia, porque si las almas

débiles se abaten en medio de la adversidad, los corazones firmes por el contrario, nutren con ella y desarrollan el gérmen de los más nobles sentimientos. Los libros sagrados nos enseñan que habia algun vicio en el nacimiento de Jephthé, del cual resultó que sus hermanos le lanzaron de la casa paterna, negándole el derecho de participar de la herencia y del hogar doméstico. A consecuencia de este lanzamiento huyó Jephthé hácia la parte setentrional del país de Galaad, en la tribu misma á que pertenecía. Buscó en la guerra los medios de subsistir; otros hombres pobres y vagamundos como él quisieron participar de sus destinos, y le nombraron jefe por su valor. A la cabeza de aquella gente colecticia, hizo frecuentes escursiones á los terrenos que habitaban los enemigos de Israel.

No se puede decir con exactitud cuáles fueron los padecimientos de la hija durante esta vida trabajosa del padre. La existencia entera de la hija de Jephthé apareció á nuestros ojos cubierta de un velo impenetrable: solamente el fúnebre acontecimiento que la revela y la termina, nos es conocido, y hasta el nombre de la jóven doncella ha quedado sumergido en la noche del misterio. Del mismo modo hay en lo profundo del cielo estrellas para las cuales no tiene nombre la ciencia y que mantienen el equilibrio general de los mundos, aun cuando parezca que solamente hacen resbalar por la tierra los destellos moribundos de su lejano esplendor. Por lo demás, al referir un hecho de heroico desprendimiento y dejar en silencio el nombre propio de la víctima, no es de creerse que haya querido la Biblia dar una doble lección á los hombres, que tan flojos son para hacer el bien y tan ardientes para imprimir en sus obras el sello de su personalidad?

Ya dijimos ántes que los amonitas inquietaban á Israel, y precisamente recaian las hostilidades sobre el país de Galaad, que era el que quedaba en la frontera. Adelantáronse como en triunfo, y celebrando anticipadamente la victoria con gritos y otras muestras de la satisfaccion del guerrero que nada teme y todo lo espera de su fortuna y su valor. Israel acampó cerca de la ciudad de Mas-

pha; pero ninguno de los dos ejércitos se atrevió á empeñar la batalla. Conviniéron los príncipes de Galaad en confiar el mando del pueblo al que primero se atreviese á atacar al enemigo; pero no hubo uno solo que se arriesgase á hacerlo ó á cargar con la responsabilidad del mando.

Entónces se acordaron de Jephthé y fueron á implorar su socorro. Jephthé les echó en cara el trato que de ellos habia recibido; pero se dejó por fin ablandar, sin duda por la consideracion del peligro de la patria, y aceptó el mando so condicion de que en el caso de que saliese triunfante, le reconocieran por príncipe y señor. Así juraron hacerlo; y el nuevo general dió principio á su mision de una manera que da la mejor prueba de que su moderacion y su prudencia eran iguales á su valor. Abrió una negociacion con los amonitas, y ántes de romper las hostilidades trató de convencerles con las armas de la razon, de que ningun derecho tenían á usurpar la propiedad de Israel.

Ninguna mella hicieron en el ánimo del rey de los amonitas las prudentes observaciones de Jephthé, y ya no quedó mas recurso que dar la batalla. Entónces fué cuando hizo Jephthé al Señor este célebre voto: «Si entregais á los amonitas en mis manos, os juro ofreceros en holocausto á la primera persona que atravesando el umbral de mi puerta se presente á mis ojos cuando vuelva vencedor.»

Efectivamente, cayeron en sus manos los amonitas, y despues de la mas completa derrota, volvió Jephthé á Maspha cubierto de gloria. Su hija única, la sola compañera de su hogar, salió á su encuentro al son de los instrumentos y de los coros gozosos que entonaban sus compañeras. Pero muchas veces viene á oscurecer el sol de nuestros dias mas hermosos una nube negra y funeraria. En medio de la alegría del triunfo que le concedian, columbra Jephthé repentinamente á su hija, y recordando su promesa, desgarrá sus vestiduras y exclama: «¡oh dolor; hija mia, me has perdido y te has perdido tú, porque he hecho un voto al Señor, y tengo de cumplirlo!» La dulce y noble doncella contestó: «Padre mio, si habeis

hecho un voto al Señor, tratadme segun vuestra palabra, pues que el Señor os ha concedido vencer y castigar á vuestros enemigos. Una sola gracia os pido, y es que me permitais retirarme por dos meses á las montañas á llorar mi virginidad en union de mis amigas.»

Jephthé accedió á esta súplica de su inocente hija; y cumplido el plazo fatal, la jóven se presentó á su padre, y se cumplió el terrible voto.

Durante el retiro de su hija, Jephthé tuvo que reprimir una sedicion exitada contra él por la tribu de Ephraim, separada por el Jordan de la tribu de Galaad. Orgullosos con su fuerza, y envidiosos del vencedor de los amonitas, los habitantes de Ephraim, bajo el pretexto de que no se les habia llamado contra el enemigo comun, empezaron á propalar amenazas de guerra. Parece que esta queja no tenia fundamento alguno, puesto que Jephthé dijo: «Mi pueblo y yo tenemos una gran contienda contra los hijos de Ammon; yo os rogué que viniérais á mi socorro y no quisisteis; entónces yo espuse mi vida, y marché contra los hijos de Ammon; y el Señor los entregó en mis manos. ¿Por qué, pues, me declarais la guerra?»

Pero estas razones no bastaron para restablecer la paz, y Jephthé se vió obligado á apoyarlas con las armas. Reunió prontamente á sus compatriotas ya dispersos, y atacó á los efraimitas, que ya habian atravesado el Jordan, los cuales, derrotados y arrojados hácia el rio, no pudieron repasarle, habiendo el vencedor tomado las orillas. A todo fugitivo que queria pasar, los soldados de Jephthé le preguntaban: «¿Eres de Ephraim?» porque los partidos no podian distinguirse por el traje. El fugitivo, por salvar su vida, respondia: «No.»—«Pues dí *schibboleth*,” replicaban los de Galaad, con ese modo peculiar de pronunciacion que tan difícilmente se pierde, y que tan mal se imita en una edad en que los órganos han perdido su flexibilidad primera; pero los efraimitas, con el acento de su tribu decian: *sibboleth*; y al punto eran degollados. Un gran número pereció de este modo, y la fuga no

fué menos desastrosa que la batalla. De este modo el orgullo y la injusticia recibieron su castigo, y coronando la victoria el buen derecho, Jephthé aseguró la paz y la dicha de su país.

Se ignora en qué consistía precisamente el holocausto prometido por Jephthé. Muchos creen, atendiendo á la energía de las expresiones, que se propuso hacer á Dios un sacrificio verdadero y sangriento; otros piensan que su ánimo fué consagrar á Dios, de una manera especial, la primera persona de su casa que le saliera al encuentro. Nosotros solo diremos dos cosas: primera, que los sacrificios humanos estaban formalmente prohibidos en la ley de Moisés, y reputados abominables: segunda, que solo Dios, árbitro supremo de nuestros destinos, tiene derecho para exigir el sacrificio de la vida, á la hora y de la manera que sea de su agrado. Así es que Jephthé no podía, al parecer, pronunciar un voto bárbaro y homicida, ni esperar que Dios le concediese por él la victoria.

De todos modos, el dolor del padre y de la hija se esplican y se comprenden facilmente. Si el voto tenia por objeto un sacrificio sangriento, es natural la aflicción de los dos; y si solo se trataba de consagrarla al Señor por la profesion de una perpetua continencia, su misma fé religiosa debia hacerle esta obligación penosa y amarga, porque, y esto era cierto en ambos casos, iba á morir sin posteridad. Los judíos sabian que de una mujer nacería el Salvador prometido, y por eso entre ellos el celibato léjos de ser honorífico, pasaba por un oprobio, y la esterilidad parecia una maldición. Estaba reservado al Evangelio el crear en el mundo otro espíritu, y elevar la virginidad á la gloria de un triunfo y de una virtud elevando tambien el matrimonio á la dignidad de un sacramento.

La Judea glorificó con una solemnidad pública el sacrificio de la hija de Jephthé. Todos los años, las vírgenes de Israel se juntaban para llorar, durante cuarenta días, la pérdida de aquella noble víctima del patriotismo y de la obediencia filial. Se ignora cuánto tiempo duró esta ceremonia en el país de Galaad, al otro lado del Jordan; pero de este lado del río, la memoria de la vírgen creció, y

se desnaturalizó con el tiempo: en el siglo cuarto de nuestra éra, las ciudades paganas de Sebaste y Naplusa (las antiguas Samaria y Sichem) la tributaban honores idolátricos.

Existen analogías, y aun semejanzas, entre el hecho que acabamos de referir, y lo que la fábula cuenta de Ifigenia. En ambos casos, las épocas, los nombres y las principales circunstancias, son las mismas: Agamenon, padre de Ifigenia, era contemporáneo de Jephthé: el nombre griego de *Iphigenia* podria muy bien significar hija de Jephi ó Jephthé. Hija del príncipe que mandaba los ejércitos griegos, que partian para el sitio de Troya, Ifigenia debió ser inmolada para hacer propicios los vientos que retenian en Aulide las tropas dispuestas á embarcarse, así como la hija de Jephthé fué sacrificada para pagar la gloria de su padre. Ifigenia fué ofrecida, pero no inmolada: sin embargo ella fué perdida para Agamenon victorioso, habiendo llegado á ser sacerdotisa de un templo pagano en la Táuride. Por estas circunstancias han creido algunos que la aventura de la princesa griega no es otra cosa que el hecho desfigurado de la Historia Sagrada. Acaso toda la poesía y todos los sueños de la antigua Grecia no son otra cosa que el eco de una palabra lejana, que debilitada por la distancia, y transmitida ya al oido de los pueblos en sonidos entrecortados y mal comprendidos, fué cambiada por algunos hombres de ingenio en las mentiras armoniosas de la mitología.